

REFLEXIONES

POR: J. FRANCISCO SERRANO

Agradezco a los Miembros de la Academia de Artes que me hayan distinguido al elegirme para formar parte de la sección de arquitectura y ser compañero de Pedro Ramírez Vázquez, Teodoro González de León, Ricardo Legorreta y Agustín Hernández, populares de la arquitectura mexicana actual.

Ocuparé el sitio que dejó Mario Pani, sin duda uno de los grandes arquitectos mexicanos del siglo XX. Su obra es importante para estudiar el desarrollo de la Ciudad de México entre los años treinta y los setenta. Pani encabezó con su revista Arquitectura la difusión de nuestro arte y fue autor de grandes proyectos como la Normal de Maestros, la Ciudad Universitaria, el Conservatorio Nacional de Música, por enumerar sólo algunos. Recientemente la magnífica exposición de su obra, en el Palacio de Bellas Artes, fue admirada por todos.

Me inicié en la arquitectura en 1955 cuando ingresé a la Universidad Iberoamericana, formando parte de la primera generación de la escuela, siendo director Augusto H. Álvarez, gran arquitecto y con el tiempo mi gran amigo.

En ese momento se encontraba en su apogeo el movimiento moderno, la escuela según los lineamientos de la Bauhaus, la arquitectura de Ludwig Mies Van der Rohe y desde luego los principios de Le Corbusier. Se nos enseñaba una forma de componer, abstracta, con formas geométricas puras, sin ornamentación desde luego. En México, las obras de Augusto H. Álvarez, Juan Sordo Madaleno, Ramón Marcos, Ricardo de Robina, Jaime Ortiz Monasterio, Héctor Velázquez y Ramón Torre, entre otros, eran visitadas y bien conocidas por nosotros.

En mi formación destaco a Augusto H. Álvarez, mi maestro, y a Juan Sordo Madaleno, en ese tiempo uno lo opuesto del otro. También a Felipe Pardini y a Mathias Goeritz, quienes me enseñaron a cuestionar todo, en una época en que lo dicho por los maestros era dogma, y me iniciaron en el disfrute de las artes plásticas. En la universidad tuve la oportunidad de convivir con personas llenas de inquietudes que con el tiempo serían importantes por su gran talento: José Luis Cuevas, Manuel Felguérez, Santamaría, Pedro Friedberg, Beatriz de la Fuente y Sonia Lombardo, entre otros.

En aquella época la arquitectura era para nosotros casi una religión, que primero nos transformaba y después nos convencía de que a través de sus formas y espacios íbamos a cambiar nuestra sociedad siempre aplicando los principios del movimiento moderno sin claudicar a las corrientes neohistoricistas del momento.

El gran proyecto de Ciudad Universitaria me impresionaba sobre manera; era el cambio, la diferencia entre los edificios antiguos del Centro y los grandes edificios modernos, llenos de luz y con formas y materiales nuevos. Su construcción la visité con frecuencia con mi padre Francisco J. Serrano, ingeniero civil y arquitecto, autor de la Escuela de Ingeniería, y entonces vislumbre lo importante que era el trabajo en equipo, entre arquitectos, ingenieros y profesionistas en otras disciplinas.

A través de revistas especializadas en la magnífica hemeroteca que tenía la universidad, conocíamos lo que pasaba en el mundo y en México. Siempre que podíamos visitábamos las obras. Cuántos aciertos corroboré y cuántos desengaños tuve al enfrentarme con la realidad, lo cual me sigue ocurriendo.

Durante mis estudios tuve la oportunidad de conocer los Estados Unidos y Europa, que sin duda formaron parte fundamental de mi formación. Siempre he aconsejado a mis estudiantes y colaboradores el viajar y conocer por si mismos, nada igual para aprender arquitectura.

Empecé a trabajar muy joven siendo aún estudiante con Augusto H. Álvarez y después con Juan Sordo Madaleno. La práctica profesional la inicié solo y con mi padre en 1959, hace ya más de 40 años, en los que he pasado por distintas formas de hacer; es de ahí que quiero aprovechar la ocasión para reflexionar con ustedes sobre mi postura actual. Veo mi quehacer de una manera distinta, me permito hacer arquitectura con más libertad. Aprendí que no es importante, ni obligatorio pensar como otros arquitectos, ni vencerlos a ellos que piensen como uno.

Recuerdo con gusto los años que fui maestro de composición en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Nacional Autónoma de México en su grupo experimental y en la Universidad La Salle. Fueron años básicos en mi desarrollo, reafirmé mis convicciones, estructuré mis ideas y traté de convencer.

Mis obras tienen ideas básicas, rectoras, un orden sencillo o complejo, que me permite componer formas y espacios para albergar funciones, que si cambian no importa, pues no son las únicas generadoras de las soluciones. Componer así me permite o da pie a imaginar espacios que no existían en el programa y que, casi siempre, son lo más memorable de una obra.

La historia es el gran alimento de las formas contemporáneas, la que nos permite avanzar y no retroceder, tomar en cuenta la tradición, no copiarla, asimilarla; así a través del pensamiento actual busco crear y recrear, reinventar construyendo con los medios a mi alcance, y dar soluciones arquitectónicas a formas de vida actuales. Creo en el arquitecto de su tiempo, consciente de su momento histórico, que a través de su quehacer se involucra plenamente a la sociedad que sirve y le permite ser.

Hacer arquitectura significa construir un proyecto formando espacios que se imaginaron a través de formas que lo delimitan en un proceso largo, no siempre exento de sorpresas. Es en este proceso donde se pueden mejorar nuestros proyectos, no debemos tener dudas al cambiar, si se ve la posibilidad de mejora, pues esto será por el bien del cliente, los usuarios y la obra misma, a pesar de la aparente contradicción con los plazos y costos originalmente planteados, pues con el tiempo sólo perdura la obra. Esto es algo que en México aún se puede seguir haciendo al visitar las obras día con día; esto ya no es una práctica común en otros países. Grandes arquitectos de otras naciones nos envidian por seguir moldeando las obras hasta el final.

En este proceso de construir me interesa estar en contacto con todos los actores de la obra, especialmente con colaboradores; sin los constructores, operarios y sus consejos, mucho de lo que he realizado no hubiera sido posible. Mi relación con ellos es muy exigente pero respetuosa, para lograr la mejor calidad en todo, lo cual significa un gran esfuerzo de equipo. Poca gente imagina el gran trabajo que se necesita para llevar a cabo un proyecto y su construcción.

La obra pública debe ser arquitectura de gran calidad en todos sentidos, que nos enorgullezca, no sólo a los que la realizan y sus usuarios, sino al gran público que la convierte en símbolo. Este valor sólo el tiempo lo da.

La arquitectura es un bien material que por su género, calidad o tamaño, tiene posibilidades de trascender a su tiempo, por lo que mi intención siempre es proyectar edificios con personalidad, que tengan un partido claro, ideas fuertes que sean la razón de ser del mismo y quizá sean fieles representantes de nuestra época. Reafirmo que los arquitectos debemos ser hombres de nuestro tiempo, mexicanos actores de un mundo global, conscientes de nuestro hacer, construyendo con todos los medios a nuestro alcance aquí o en otros países, reflejando la cultura de la que formamos parte.

Existe otro actor fundamental de la arquitectura, no siempre celebrado: el cliente. Debemos ser capaces de interpretar sus necesidades, darle no sólo lo que cree necesitar sino lo que desde nuestro punto de vista necesita, y así realmente servirlo. He tenido la oportunidad de tener clientes con quienes he proyectado en estrecha colaboración. De algunos he obtenido su confianza y amistad por varias décadas, para ellos mi agradecimiento; sin ellos no se puede hacer arquitectura.

Soy un convencido del trabajo en equipo, así ha sido mi práctica profesional. Para mí no es importante quién dijo qué o cuándo, sino la obra, la razón de ser del equipo, que hablará a los demás del cómo. En el proceso del proyecto se debe analizar todo aquello que se nos ocurra pues las ideas generalmente no brotan en orden, lo malo de ayer es lo óptimo de hoy, y viceversa. La arquitectura es un arte que permite la colaboración, más no se puede colaborar con alguien que no respetamos como par o a quien no podemos decirle lo que pensamos.

Mi experiencia ha sido muy afortunada; he trabajado al tú por tú con algunos de los mejores arquitectos de este país, mayores o menores en edad que yo. Al inicio de mi carrera lo hice con mi padre Francisco J. Serrano y José R. Nava. Después con Rafael Mijares, Pedro Ramírez Vázquez, Abraham Zabludovsky, Aurelio Nuño, Carlos Tejeda y recientemente con Susana García y Pablo Serrano. En especial quiero dejar testimonio del sinnúmero de proyectos y obras que he realizado, con mi amigo Teodoro González de León, durante más de 25 años.

Miro al futuro con entusiasmo, pues para mí la arquitectura sigue siendo el testigo insoportable de la historia; refrendo mi idea que la creación de arquitectura es un proceso dialéctico de prueba y error del que nunca se aprende, pues cada obra fija nuevas reglas. Con el tiempo he llegado a tener mayores conocimientos y habilidades, lo cuál me hace más consciente, me da una mejor visión de los problemas, y por lo mismo cada vez me cuesta más trabajo proyectar un edificio.

POR: J. FRANCISCO SERRANO

6 de Noviembre de 2001